

BUEN VIVIR: SOBRE SECUESTROS, DOMESTICACIONES,  
RESCATES Y ALTERNATIVAS

Eduardo Gudynas (Uruguay)

Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES),  
Montevideo, Uruguay. Contacto: [egudynas@ambiental.net](mailto:egudynas@ambiental.net)

pp 23-45, En: "Bifurcación del Buen Vivir y el Sumak Kawsay"  
Atawallpa Oviedo Freire, compilador.  
Ediciones Yachay, Quito, Ecuador, 2014.



Las ideas que se agrupan bajo los términos Buen Vivir, Vivir Bien, y sus correspondientes *sumak kawsay*, *suma qamaña* y otros análogos, se han difundido ampliamente. Son invocados desde la sociedad civil, y especialmente por organizaciones indígenas, se han colado en los primeros planos de los debates políticos, e incluso han llegado a las nuevas constituciones de Bolivia y Ecuador. Son términos que se han expandido más allá de los países andinos, despertando creciente interés internacional.

Gracias a ese éxito no puede sorprender que esos términos sean usados de muy variadas formas. Uno de los frentes más recientes es denunciar que algunos usos del Buen Vivir, especialmente por los gobiernos, sería contrario a sus esencias originales. Por ejemplo, muchas organizaciones indígenas andinas entienden que los actuales gobiernos progresistas en Bolivia y Ecuador si bien repiten una y otra vez las palabras Buen Vivir o Vivir Bien, sus acciones concretas y sus estrategias de desarrollo, son contrarias a esos mandatos. Esto ha llevado a que algunos intelectuales y líderes sociales consideren necesario separar por un lado la idea de Buen Vivir, para representar esas aplicaciones malogradas, y por el otro lado, se reservarían términos indígenas como *sumak kawsay* para lo que se entiende es la esencia de la propuesta.

Este breve ensayo aborda esta cuestión. Comparto el diagnóstico crítico sobre ciertos usos del Buen Vivir, especialmente desde los ámbitos estatales. Pero mi argumentación apunta en contra de la

intención de distinguir, por un lado, un Buen Vivir propio de los gobiernos progresistas, y por otro lado, un *sumak kawsay* o *suma qamaña* propio de algunos actores ciudadanos, especialmente indígenas. Las razones son muy variadas, y van desde recordar los antecedentes de estas perspectivas, pasando por reconocer la pluralidad de concepciones que ellas encierran, a subrayar que una mirada al futuro hace todavía más necesario mantener la asociación entre esos términos para poder disputar sus contenidos.

Entiendo que este tipo de discusiones reflejan las tensiones y contradicciones alrededor de las ideas del Buen Vivir, y aunque comprendo la frustración de muchos, el que esas disputas estén en marcha reflejan en realidad los enormes potenciales que tienen estas cuestiones en despertar interés. Por lo tanto, Buen Vivir y sus términos conexos, es una de esas ideas que no deben ser abandonadas ni dadas por pérdidas, sino que se debe batallar por recuperarlas en sus sentidos originales. Es en esa batalla, en esas prácticas y reivindicaciones donde también se avanza en las transformaciones.

### *LOS SENTIDOS DEL BUEN VIVIR*

La construcción de las ideas de Buen Vivir en sus formulaciones recientes, pueden rastrearse por lo menos a la década de 1990, cobrando fuerte impulso a inicios de los años 2000. Se difundieron ampliamente especialmente en Bolivia y Ecuador, especialmente bajo los términos Buen Vivir o Vivir Bien, *sumak kawsay* o *suma qamaña*<sup>1</sup>. Algunos de sus aspectos fueron incorporados en las

---

1. Buen Vivir es el término utilizado regularmente en Ecuador, Perú y que se ha generalizado a nivel internacional, mientras que Vivir Bien es propio de Bolivia. *Sumak kawsay* son vocablos del kichwa y quechua utilizados en Ecuador, Perú y Bolivia, mientras que *suma qamaña* es de origen aymara y se utiliza sobre todo en Bolivia. Por razones únicamente de brevedad para no repetir estas precisiones en cada sección, se utilizarán los términos Buen Vivir y *sumak kawsay*, teniendo siempre presente que encierran esta diversidad.

nuevas constituciones en esos países. Los promotores originales eran un heterogéneo conjunto de líderes e intelectuales de la sociedad civil, donde algunos de ellos provenían de movimientos indígenas. Más allá de esa diversidad, existía un consenso en que ciertas perspectivas indígenas configuraban el aporte sustancial para ese concepto (véase como ejemplos recientes de las posturas posibles Oviedo F., 2011, Acosta, 2012, Yapu, 2012, Colque, 2013).

Una vez formalizadas en nuevas constituciones, planes y leyes, era inevitable que esta idea comenzara a ser usada de las más diversas maneras. Considero apropiado clasificar esos usos bajo tres perspectivas principales (Gudynas, 2012):

- 1) Uso genérico: es una etiqueta empleada para, simultáneamente, criticar el desarrollo contemporáneo, como respaldar emprendimientos que los gobiernos progresistas consideran novedosos. Aparece, por ejemplo, en discursos gubernamentales que cuestionan planes de los países industrializados, o como nombre de programas de asistencia social (como ciertos programas de vivienda popular en Bolivia).
- 2) Uso restringido: empleado en críticas al desarrollo que son más precisas, enfocadas en el capitalismo contemporáneo, pero donde las alternativas siguen estando dentro de la Modernidad. El ejemplo más claro es usar la etiqueta del Buen Vivir para recrear los cuestionamientos al desarrollo capitalista y defender alternativas inspiradas en la tradición socialista (o que al menos se autodefinen de esa manera) en Ecuador, o comunitaria-comunista para el caso boliviano según algunos autores.
- 3) Uso sustantivo: es un conjunto de ideas que comparten una crítica al desarrollo convencional, como una propuesta de superación a éste, y que se conjuga desde varias corrientes, unas que pueden

ser calificadas como “occidentales” y otras, muy importantes, que responden a elementos provenientes de los saberes de los pueblos indígenas. Bajo esta postura, el Buen Vivir es tanto postsocialista como postcapitalista. Si bien se pueden tomar elementos propios de las corrientes políticas modernas, bajo este sentido no existiría un “socialismo del Buen Vivir”, como en el caso anterior). Esta es la perspectiva que se corresponde con el sentido original del concepto.

En este artículo no analizaré en detalle los contenidos (una tarea que he realizado en otras publicaciones, e.g. Gudynas, 2012), pero es necesario precisar que apoyo decididamente al Buen Vivir en esa tercera opción, en tanto su intencionalidad de avanzar hacia alternativas que buscan ir más allá del programa de la Modernidad. Es un concepto plural, donde un ingrediente clave es el diálogo intercultural, y además está en construcción. Por lo tanto, bajo ese tercer abordaje hay varios “buenos vivires”, tales como el *sumak kawsay*, *suma qamaña*, la ecología profunda, etc., cada uno de ellos compartiendo elementos con los otros pero también específicos.

Entiendo además que los otros dos usos indicados arriba, expresan limitaciones y encierran problemas que les impiden cumplir el propósito de generar alternativas reales y concretas al desarrollo, o de incorporar otras cosmovisiones. Pero reconozco que los defensores de esas posturas tienen el derecho de denominarlas como Buen Vivir. También entiendo que estos debates son de gran importancia, y he cuestionado las críticas superficiales contra el Buen Vivir, los comentarios despectivos y cierta petulancia erudita que lo desestima (veáse Gudynas, 2013). Una vez establecidos estos puntos de partida es posible pasar a revisar la reciente discusión sobre la distinción por un lado entre Buen Vivir, y por otro lado, *sumak kawsay*, *suma qamaña* y otros términos relacionados.

*DISTINCIÓN Y SEPARACIÓN, APROPIACIÓN Y SECUESTRO*

En los últimos tiempos se está produciendo un curioso proceso que, siguiendo vías distintas y posturas conceptuales diferentes, termina destruyendo al Buen Vivir como concepto plural, para imponer una distinción y división entre dos grandes expresiones. Por un lado, la etiqueta Buen Vivir quedaría adjudicada en uso exclusivo a planes gubernamentales, conceptualizaciones que siguen estando dentro de la Modernidad y posturas afines. Por otro lado, se define que los rótulos *sumak kawsay*, *suma qamaña* y otros análogos, expresarían posiciones esencialmente identificadas con posturas de pueblos indígenas.

La división y distinción es promovida por actores muy distintos, siguiendo senderos conceptuales diferentes, y con intenciones casi opuestas. De un lado, hay funcionarios gubernamentales (algunos de ellos en el pasado fueron líderes de ONGs, movimientos sociales u organizaciones indígenas), e intelectuales asociados o defensores de los gobiernos. Podría decirse que es un gran espacio de actores estatales y para-estatales. Estos insisten que sus ideas, o los planes de sus gobiernos, son las verdaderas representaciones del Buen Vivir. Cuestionan la oposición indígena, tildándola de infantil, infundada, funcional a la derecha, primitivista, etc. La defensa, pongamos por caso, del *sumak kawsay* sería un regreso a la edad de piedra para algunos de esos actores.

Del otro lado, hay intelectuales de la sociedad civil, varios de ellos vinculados a organizaciones indígenas (incluyendo muchos de distintas nacionalidades indígenas), que han dado por perdido al Buen Vivir, y como reacción reclaman una especificidad propia del *sumak kawsay*, *suma qamaña* y conceptos asociados. No olvidemos que en distintos sectores de la sociedad civil se ha profundizado un sentimiento de frustración sobre la marcha del desarrollo en los

países bajo gobiernos progresistas. Sin dejar de reconocer los avances que se han conquistado en varios campos, tales como la reducción de la pobreza, no puede ocultarse que regresaron los conflictos sobre el acceso y uso de los recursos naturales, la gestión territorial o la participación de las comunidades locales. Esa resistencia ciudadana se enfrenta en muchas ocasiones contra medidas gubernamentales que son justificadas con alusiones al Buen Vivir, o en base a planes estatales que dicen servir a ese fin. Es evidente que muchos de los usos del Buen Vivir en sentido restringido, como ocurre con medidas gubernamentales en Bolivia o Ecuador, encierran contradicciones con los contenidos del Buen Vivir en un sentido sustantivo (especialmente en cuestiones como participación de pueblos indígenas y conservación ambiental). Entonces, encontramos actores que no quieren el Buen Vivir que les ofrecen los gobiernos.

Desde ese campo ciudadano, diferentes actores, tanto intelectuales como militantes, proponen distinguir esos usos diferentes en un plano más esencial, donde por un lado el Buen Vivir sería una expresión propia del progresismo gubernamental, más reciente, y el *sumak kawsay* (o *suma qamaña* y otros conceptos análogos), respondería a concepciones indígenas, a una matriz civilizatoria propia de las regiones andinas (o amerindia), más antiguo.

Podría sostenerse que esta separación tiene algunas similitudes con las distinciones entre los tres usos diferentes del Buen Vivir descritos en la sección anterior. Sería plantear que el rótulo Buen Vivir quedaría exclusivamente para los usos genéricos y restringidos, mientras que las acepciones sustantivas pasarían a llamarse *sumak kawsay*, *suma qamaña* u otras denominaciones según el caso. Sin embargo, adelanto que aquella clasificación es distinta de la propuesta que se acaba de describir, y responde cada a una a perspectivas de análisis distintas, y sus implicaciones son muy diferentes.



La propuesta de distinción y separación, sea por un camino o por otro, tiene dos consecuencias inmediatas. Una, es que el rótulo Buen Vivir queda en manos de los gobiernos (algo que muchos actores que actúan en su seno desean fervorosamente). La otra es que la contracara a esa impostura gubernamental sería una perspectiva esencialmente indígena del *sumak kawsay* (más allá que esa sea la intención o no de sus promotores, esto es lo que está sucediendo), de donde se pierde la pluralidad original y el concurso de las posturas críticas a la Modernidad no-indígenas que habían nacido desde su propio seno (como por ejemplo, feminismo o ambientalismo radical). En muchas formulaciones originales, el Buen Vivir permitía una amplia superposición entre términos como *sumak kawsay* y ecología profunda, suma qamaña o feminismo radical, y así sucesivamente. Esa misma pluralidad reforzaba la búsqueda de alternativas a la Modernidad, la crítica al desarrollo, y una reivindicación de nuevas relaciones entre las personas y con la Naturaleza. Muchos de esos atributos se perderían bajo la nueva distinción y separación (volveremos sobre esas limitaciones más adelante).

#### *UNA APROPIACIÓN PARA DOMESTICAR Y REDEFINIR*

Es necesario analizar este proceso de la distinción y separación con cierto detalle. A mi juicio lo que se observa no puede ser descrito como una concesión de algunos actores ciudadanos, que cedieron el rótulo del Buen Vivir a los actores y ámbitos estatales. En realidad la situación es más grave, ya que se desplegó una activa apropiación o secuestro de las ideas originales del Buen Vivir, para redefinirlas desde una racionalidad gubernamental y hacerlas funcionales al desarrollo convencional.

En efecto, desde los espacios estatales, actores gubernamentales, académicos y líderes sociales estrechamente vinculados a los

gobiernos, se apropiaron del término Buen Vivir para redefinirlo a su antojo. Se recortan los componentes propios de una crítica radical al desarrollo, se lo mediatiza económicamente, se ocultan los impactos ambientales, o se impide la plena participación de las comunidades locales. La salida a las contradicciones de las prácticas concretas del desarrollo estatal es redefinir el Buen Vivir.

Este proceso es evidente tanto en Bolivia como Ecuador. En el caso boliviano, la nueva ley marco de la Madre Tierra terminó en convertir al Buen Vivir en el resultado de un tipo de desarrollo, que denominaron “desarrollo integral”. Este paso era indispensable para seguir sosteniendo el extractivismo del gobierno Morales, un extremo que sin duda está en contra del Buen Vivir en su sentido sustantivo. Paralelamente, las organizaciones indígenas (como CONAMAQ o CIDOB), que se oponen a esos extremos, son repetidamente criticadas como antirevolucionarias o conservadoras por su defensa del territorio o la autonomía.

Una situación muy similar se registra en Ecuador, tanto en el debate de ideas como en las prácticas gubernamentales. El gobierno de Correa ha invertido un enorme esfuerzo en promover actividades académicas, seminarios y publicaciones donde en su esencia, se redefine al Buen Vivir como una variedad de socialismo (o ecosocialismo). En la gestión gubernamental, la reciente decisión de liberar la explotación petrolera dentro del área del Parque Yasuní, que sin duda viola los componentes de derechos de la Naturaleza y de los pueblos indígenas en aislamiento, es sorprendentemente defendida también invocando al Buen Vivir. Aquí se destaca un intelectual indígena, Carlos Viteri Gualinga, quien en el pasado fue uno de los primeros en sistematizar la idea del Buen Vivir desde las culturas originarias (Viteri G., 2002). Pero actualmente abandonó aquellas ideas, para defender una postura conceptual casi inversa,

apoyando la explotación petrolera, minimizando los impactos ambientales y sosteniendo que estos se pueden compensar económicamente.

Esto muestra que en Ecuador hay actores indígenas o campesinos, ahora asociados o participantes de los gobiernos, y que actúan decididamente en este secuestro del Buen Vivir para redefinirlo desde otras maneras; lo mismo se repite en Bolivia. A su vez se enfrentan a otros actores que rechazan esos movimientos, y que son de muy diverso origen, no solamente indígenas o campesinos, sino que también hay destacados intelectuales criollos e incluso europeos. En el seno de las organizaciones indígenas se han generado divisiones explícitas frente a los gobiernos (esto ha ocurrido con CIDOB y más recientemente CONAMAQ en Bolivia, pero también son evidentes la diversidad de posturas indígenas en aceptar o no la explotación petrolera del Yasuní en Ecuador). Por lo tanto, la condición de los actores, sean campesinos o indígenas, no basta para predecir sus posturas sobre el Buen Vivir, *sumak kawsay* o *suma qamaña*.

Sostener esquemáticamente que el Buen Vivir es desarrollista, y el *sumak kawsay* o *suma qamaña* es indígena y por lo tanto no-desarrollista, simplifica un debate político que es mucho más complejo. Ese tipo de simplificaciones sirve mucho a los intereses gubernamentales ya que les permite evitar analizar adecuadamente las bases conceptuales de sus estrategias de desarrollo, para pasar a simples acciones propagandísticas contra los indígenas como atrasados o egoístas que impiden el bienestar nacional. Refuerza una crítica repetida en muchos sitios que presenta el *sumak kawsay* como una extravagancia folklórica propia de indígenas.

Esto no significa desconocer que los gobiernos progresistas usan la etiqueta del Buen Vivir, pero toman muchas medidas que van en

sentido contrario, incluso violando los mandatos constitucionales que Bolivia y Ecuador aprobaron bajo ese rótulo. Desde la desilusión con las medidas de esos gobiernos, a la necesidad de resistir las humillaciones o ataques, han llevado a que muchos se desentiendan de la idea del Buen Vivir. Se cansaron de debatir con los gobiernos y sus aliados, y pasan a entender que Buen Vivir es una palabra perdida, cooptada por el desarrollo convencional o incluso funcional al capitalismo actual.

La insistencia desde gobiernos, y desde el campo del desarrollo convencional, en apropiarse del Buen Vivir es en parte una consecuencia de su propio éxito. Es una idea con enormes capacidades para cuestionar verdades establecidas, alimentar la participación ciudadana, y alentar ensayos de alternativas. Rápidamente se convirtió en un asunto que generaba tantos intensos debates como muchas ilusiones. Frente a situaciones como esa, los Estados siempre se mueven sobre ese tipo de ideas para controlarlas, encauzarlas y manipularlas a sus fines. ¿Qué otra cosa podía esperarse desde un gobierno? Justamente lo que está sucediendo: secuestrar el término, domesticarlo, y usarlo como símbolo para defender sus ideas y planes. Por lo tanto, quejarse de estas situaciones podría demostrar una cierta falta de experiencia o ingenuidad con las dinámicas del poder estatal.

Todo este despliegue que hacen actores gubernamentales y sus aliados por apropiarse del Buen Vivir también deja en claro sus enormes potencialidades. Si fuera un término de menor importancia, con escaso arraigo ciudadano o limitadas potencialidades conceptuales, simplemente no aparecería en los planes gubernamentales y no se dedicarían a redefinirlo. Lo dejarían a su propia suerte, para ser debatido en mesas redondas universitarias o en talleres de ONGs, asumiendo que sus efectos concretos en la política nacional serían ínfimos. Pero justamente eso no sucede con

el Buen Vivir. Por lo tanto, a mi modo de ver, todo ese esfuerzo estatal en domesticar esas ideas es la más clara prueba de la importancia de esos conceptos. Contribuir a descuartizarlo, disociando las estrechas relaciones de éste con ideas como *sumak kawsay*, en lugar de oponerse a esa postura estatal, la facilita.

También debemos tener presente que, para bien o para mal, guste o no guste, el marco constitucional y normativo en países como Bolivia y Ecuador postulan una asociación, correspondencia y superposición entre Buen Vivir con *sumak kawsay*, *suma qamaña* y otros conceptos. Por lo tanto, estamos no sólo frente a una batalla conceptual, sino que también se juegan condiciones jurídicas, derechos, etc., de enorme importancia, especialmente para muchas comunidades locales.

Entonces, hay un enorme peligro en que al dejar los contenidos del Buen Vivir en manos del Estado, también se caiga en una renuncia o en una imposibilidad en, por ejemplo, exigir el cumplimiento de los mandatos constitucionales. Los que se resignan a que el Estado secuestre y transforme el Buen Vivir, no sólo se separan de un concepto, sino también de esas materialidades concretas, tales como el marco Constitucional, normas legales, y hasta la propia institucionalidad estatal. Dejan a la deriva la producción y reproducción de ideas y prácticas de un Buen Vivir en clave desarrollista.

No olvidemos que cuando los movimientos sociales debaten sobre medidas tales como planes mineros o concesiones agrícolas, abordarán las particularidades prácticas de esas medidas, pero también deben remontar y enfrentar sus bases conceptuales, las que en muchos casos ahora invocan el Buen Vivir.

Lo mismo sucede con las estrategias de desarrollo. Los ejemplos de

más arriba, donde en Bolivia y Ecuador se generan versiones del Buen Vivir gubernamental que es funcional al extractivismo, expresan otras dificultades concretas en este terreno. Es que la oposición ciudadana al extractivismo depredador no sólo involucra la denuncia sobre los impactos locales de cada emprendimiento petrolero o minero específico, sino que escala a considerar las alternativas de salida a esas condiciones, lo que obliga a desmontar el Buen Vivir gubernamental para reconstruirlo como alternativa al desarrollo.

Finalmente, no puede dejar de discutirse los resultados conceptuales que arroja la apropiación del Buen Vivir. Un caso ilustrativo son los intentos de René Ramírez en Ecuador, por concebir un Buen Vivir que termina siendo una mezcla que invoca tanto el socialismo como el republicanismo, llama a cierta responsabilidad social, destaca a los pueblos indígenas pero su talante apenas acepta una tolerancia multicultural (en el sentido liberal de esa perspectiva) (por ejemplo, Ramírez, 2010). Esto tiene problemas de forma y de contenido.

En la forma, las ideas de Ramírez no son nuevas, sino que muchas de ellas son conocidas y tienen una larga historia. No tiene mucho sentido denominarlos Buen Vivir cuando ya existen rótulos conocidos como republicanismo o socialismo. En los contenidos, no expresan una crítica radical al desarrollo, no buscan salir del programa de la Modernidad (sino que lo refuerza), la dimensión ambiental apunta al reformismo y no a disolver la dualidad sociedad Naturaleza, y no incorpora sustancialmente los saberes indígenas, tampoco no hay un diálogo intercultural. No expresan una postura para ir hacia las alternativas al desarrollo, sino que se contenta con reformas instrumentales dentro de una de las variedades del desarrollo. En un aporte más reciente está claro que es una mirada que se encamina hacia el sentido occidental de bienestar (Ramírez, 2012). No rechazo los contenidos de alcanzar el bienestar, y es una tarea muy necesaria para Ecuador; mi punto es que ese un tipo de

calidad de vida propio de la modernización, ya tiene un rótulo establecido (bienestar y derivados), y no tiene porqué pasarse a denominar Buen Vivir. De la misma manera, otros aportes recientes que insisten en el mismo camino, como Le Quang y Vercoûtère (2013), repitiendo las inconsistencias con cuestiones como el papel del valor de uso, la interculturalidad, etc.

La radicalidad transformadora se pierde en las versiones ecosocialistas, y como correctamente señala Solo de Zaldívar (2013), se critica formalmente el desarrollismo pero la propuesta está “firmemente asentada sobre la episteme occidental”, dice querer “abrirse” al diálogo intercultural pero “parecería que los y las indígenas de carne y hueso son a efectos prácticos convidados de piedra a todo ese sofisticado aparataje teórico”. No puede sorprender entonces, que las consecuencias de esas posturas sean, entre otras, no lograr entender las contradicciones esenciales entre Buen Vivir y extractivismo.

Considero que es este tipo de disección y análisis detallado el que debe ser llevado adelante, por medio de la cual se deja en claro que se han apropiado de un concepto, despojándolo de sus contenidos originales, para que pueda servir como etiqueta a propuestas convencionales muy conocidas. No es aceptable que se apoderen de un término que no han creado, y que lo hagan para ir en una dirección contraria a su intencionalidad original.

#### *DIVERSIDAD Y CORRESPONDENCIA*

Es oportuno analizar los intentos de división y separación pero ahora desde otra perspectiva. Recordemos que existen semejanzas, analogías y correspondencias entre distintos componentes de las ideas de *sumak kawsay*, *suma qamaña*, y otras tantas provenientes de algunos pueblos indígenas. Esto explica que hayan sido

englobadas bajo el rótulo de Buen Vivir. Pero también es claro que esas concepciones no son idénticas, y que se encuentran diferencias entre ellas. Las posturas quechua de sumak kawsay no son idénticas a las aymaras del suma qamaña, algo que no puede sorprender a nadie ya que responden a distintas tradiciones culturales, que incluso tienen lenguas diferentes. Otro tanto sucede con otras concepciones que usualmente se engloban bajo el Buen Vivir, como las guaraníes, las que ofrecen todavía más diferencias.

Por lo tanto, nos encontramos con una situación que presenta un conjunto diverso, donde ocurren solapamientos y superposiciones importantes pero no totales. Es precisamente esta condición que explica el uso de la idea de Buen Vivir como una condición plural, representada como una plataforma política delimitada por esas coincidencias y solapamientos (este punto se explica por ejemplo en Gudynas, 2012). De forma muy breve, bajo esta mirada, el suma qamaña es distinto del sumak kawsay, pero sus concurrencias, tales como la crítica a las raíces del desarrollo o las alternativas que reconocen los derechos de la Naturaleza, delimitan el campo del Buen Vivir. Esas coincidencias, registradas sobre todo en los países andinos, son las que llevaron a esta interpretación.

Este abordaje además permite manejar con comodidad otros aspectos. Por un lado, recibe confortablemente las posturas que no provienen de saberes y sensibilidades indígenas, pero que de todos modos son corrientes críticas a la propia Modernidad. El caso más claro son los aportes de ambientalistas y feministas. Por otro lado, puede manejar fácilmente los aportes de ciertos pueblos indígenas. A su vez, dentro de cada uno de ellos, también existen expresiones particulares. Por ejemplo, el suma qamaña es internamente plural, donde hay distintos énfasis en sus interpretaciones y prácticas, de acuerdo a las personas consultadas, las regiones geográficas, los orígenes comunitarios, etc. Una mirada etnográfica hace evidente la diversidad interna de esas concepciones.



Bajo esta perspectiva, el Buen Vivir se expresa como una categoría plural que incluye a las otras. Esto hace que la propuesta de dividir y separar se vuelva muy difícil. ¿Cuáles serían las posturas que quedarían comprendidas bajo el Buen Vivir de los gobiernos y cuáles serían propias del *sumak kawsay*? ¿Cómo poner una línea divisoria? A su vez, como el *sumak kawsay* o el *suma qamaña* tienen diversidades internas, habrá quienes se pregunten si todas esas versiones se mantendrán, o bien algunas de ellas deberían pasar a ser parte del Buen Vivir. Es que no faltan quienes sostienen que “su” versión, por ejemplo, del *suma qamaña* es la verdadera y mejor, mientras que otras son más inexactas, mezcladas, etc. ¿Cuáles son los criterios a seguir para llevar adelante estas nuevas disecciones? Por lo tanto, la postura de la división y separación obliga a hacer distinciones que no son sencillas, y que ese mismo intento ya viola la pluralidad propia del Buen Vivir al señalar que unas son más “puras” o “exactas” que otras.

Dando un paso más, también es discutible que pueda defenderse “una” posición “indígena” del Buen Vivir para diferenciarla de aquella que es gubernamental. En la sección anterior se mostró como en el campo gubernamental han asomado actores indígenas que apoyan sus estrategias de desarrollo convencional, y quienes pueden reclamar que lo que hacen sus gobiernos es propio de indígenas. Tampoco podemos olvidar que la categoría indígena es un rótulo impuesto desde afuera para agrupar una enorme diversidad de pueblos y naciones. Concebir lo “indígena” como singular no sólo legitima un abordaje colonial, sino que esconde esa pluralidad cultural. Por lo tanto, siempre se deben tener precauciones con esa calificación y no puede olvidarse la pluralidad que hay detrás de ella. También recordemos que existe evidencia que algunos componentes de estas posturas son recientes, más allá de los antecedentes históricos que puedan ser invocados (un ejemplo son las interpretaciones de *suma qamaña* de Yampara, 2011, sobre las

cuales existe un creciente consenso que son recientes). Esto genera otros problemas, ya que obligaría a decidir si solo se aceptan los antecedentes más antiguos o se incorporan los más recientes. Finalmente, esos mundos indígenas actuales están penetrados por saberes, sensibilidades y sentidos propios de la Modernidad. No existen como campos aislados dentro de los países o en la globalización. Enfrentamos, en realidad, mezclas o hibridaciones de muy diverso sentido.

El Buen Vivir se ha popularizado, y este es un hecho que también va en contra de la división y separación. Esa difusión masiva desemboca en encontrar un amplio abanico de expresiones que van desde los usos en comunidades rurales y campesinas, más cercanos por ejemplo al espíritu de los aportes de Yampara, a otros en comunidades urbanas o suburbanas, solapadas con las ideas convencionales del desarrollo y el bienestar material (véase por ejemplo los ilustrativos estudios de caso para comunidades en La Paz, Beni, Santa Cruz y Cochabamba recopilados en Bolivia por Mamani P. et al., 2012). En el mismo sentido, una encuesta boliviana reciente en las tres grandes ciudades (La Paz/El Alto, Cochabamba y Santa Cruz), arroja varias lecciones (Ideas, diario Página Siete, La Paz, 30 junio 2013). La idea de Vivir Bien es asociada a acceder a un trabajo digno en el 46% de los encuestados, y le siguen la satisfacción de las necesidades básicas (25%) y contar con óptimos servicios de salud (14%). Esas aspiraciones son entendibles, y muestran que en general las personas lo vinculan a un bienestar material (que es justamente el discurso gubernamental). Solo un 7% adhirió a la opción de entender que el Vivir Bien no se limita a lo material sino que toma en cuenta valores espirituales y comunitarios. Pero es más preocupante que solo el 22% de los encuestados consideran que el Vivir Bien se cumple en la vida diaria, mientras que el 73% lo interpreta apenas como un discurso, son sólo palabras.

Es destacable que, además, el 70% responde que el desarrollo es sinónimo de crecimiento y éste a su vez significa progreso.

Como puede verse, imponer divisiones separando unos buenos vivires de otros se vuelve una tarea extremadamente compleja. Posiblemente las distinciones terminarán reflejando las preferencias propias para cada autor, y se corre el riesgo de caer en una de esas clásicas disputas sobre quién es el más verdadero cultor del *sumak kawsay*. En cambio, la idea de Buen Vivir como plataforma obliga a debatir los contenidos, tales como por ejemplo si aseguran o no los derechos de la Naturaleza, y así sucesivamente.

Finalmente, las polémicas sobre las distinciones y separaciones en muchos casos es difícilmente comprensible para el público en general, limitando la difusión entre la ciudadanía de las ideas y sensibilidades del *sumak kawsay*. En cambio, es un tipo de controversia que los gobiernos puedan manejar con toda comodidad, al contar con sus propios canales de propaganda.

#### *LA BATALLA POR LA PALABRA Y SUS CONTENIDOS*

La postura de dejar las ideas del Buen Vivir en manos del desarrollismo convencional, en especial aquel representado desde los espacios estatales, puede ser comprensible bajo las actuales condiciones. Entiendo el sentimiento de frustración y cansancio, al ver que las potencialidades de ese concepto caen en medidas contradictorias, o en usos injustificados. No puedo ocultar que en más de una ocasión ese tipo de sensaciones también me invaden. No es para menos cuando aparece, por ejemplo, el Buen Vivir como justificación para la explotación petrolera en la Amazonia, o ser testigo de las mutaciones increíbles de personas que pocos años atrás lo defendían desde la sociedad civil en un sentido, y ahora, desde sus poltronas en el gobierno, lo hacen en el sentido contrario.

Tampoco me sorprende el apoyo ciudadano de esas posturas, ya que la idea de una buena vida recostada casi exclusivamente en el consumismo ha penetrado profundamente en el continente.

Pero hay otros argumentos de peso en la dirección contraria, en pelear por los sentidos del Buen Vivir. Como se explicó arriba, no hay evidencias que una postura de distinguir y separar Buen Vivir y sumak kawsay, sirva para lidiar con los problemas de fondo que están en las estrategias de desarrollo que socavan comunidades, erosionan la calidad de vida y destruyen la Naturaleza. No resuelve por ejemplo, las tendencias de opinión pública de la encuesta comentada arriba. Incluso podría tener efectos contraproducentes, al dejar sin contestaciones los incumplimientos constitucionales al Buen Vivir en Bolivia o Ecuador. La idea seguirá secuestrada, y se generarán las más diversas versiones afines a cada gobierno. Tampoco encuentro que mejore las condiciones de debate frente al resto de la sociedad civil, permitiendo que se sumen nuevas adhesiones desde otros sectores sociales (por ejemplo, los sindicatos).

Pero por sobre todas las cosas, es una decisión que tiene una cierta carga de renuncia. No puede ocultarse que se genera una situación donde una idea, que nació desde la sociedad civil, y con enorme capacidad para la crítica y las alternativas radicales, pierde algunos de sus componentes y se la deja en manos de quienes la han secuestrado para domesticarla, deformarla y hasta subvertirla.

En cambio, mi posición es que el Buen Vivir es una de esas palabras-concepto o palabras-idea, como democracia, participación o libertad, que inevitablemente son buscados desde los espacios de poder para controlarlos y manipularlos. Pero justamente esos son los conceptos por los cuales se deben dar batallas, para rescatarlos, para reapropiarse de sus contenidos, indicar sus sentidos, y ejercerlos

desde la sociedad civil. Es más, considero que participar en esos debates y rescates es también, en sí misma, una forma de ejercer el Buen Vivir.

Ese tipo de disputas obliga a poner en discusión, por ejemplo, las verdaderas prácticas estatales sobre el desarrollo, o los papeles asignados a los sectores populares, o las nuevas formas de control y encauzamiento de organizaciones indígenas. No basta con decir, por ejemplo, que el plan de desarrollo de Ecuador expresa el “Buen Vivir” como si eso ya dejara en claro sus posiciones; por el contrario, se debe analizar rigurosamente sus contenidos, sus bases conceptuales, las medidas propuestas, etc. Por cierto que se repetirán los intentos de manipulación del poder, y frente a ellos deben surgir reacciones desde la sociedad civil para recuperar sentidos originales, para hacerlas avanzar, y así sucesivamente.

De esta manera, mi postura es mantener el Buen Vivir como un concepto plural, una plataforma que recibe varias perspectivas críticas sobre el desarrollo y apuntan a alternativas tanto post-capitalistas como post-socialistas, y que por lo tanto buscan salir de la Modernidad. Es que ese encuentro es esencial para poder sostener la apuesta de una alternativa radical, y esto lo necesitan tanto las perspectivas indígenas como las corrientes críticas de la Modernidad. La decisión de dividir y separar corre el riesgo de romper con ese necesario encuentro, asumiendo que basta una de las perspectivas indígenas para sostener un Buen Vivir verdaderamente radical. Entiendo que no es una tarea posible que alguna de esas posturas particulares pueda, por sí sola, sostener una alternativa. Sólo pueden hacerlo en conjunto. El mundo actual plantea exigencias y desafíos urgentes para todas ellos, desde los aportes aymaras al del ecofilósofo, desde repensar el sentido de la comunidad a entender el mandato de la conservación de la biodiversidad.

Sin duda que desde otras miradas se seguirá apelando a la etiqueta Buen Vivir, y que muchos desde los espacios gubernamentales abusarán de ella. Allí es donde justamente se encuentra la tarea de ir en rescate del concepto, pelear por sus contenidos, y hacer explícitas las diferencias para ampliar la discusión pública.

## REFERENCIAS

- Acosta, A. 2012. Buen Vivir. Sumak kawsay. Una oportunidad para imaginar otros mundos. AbyaYala, Quito.
- Colque C., V.H. 2013. Horizontes del Vivir Bien. Análisis críticos de los presupuestos teóricos del Vivir Bien, pp 15-50, En: "Vivir Bien. Contexto e interpretaciones" (aa.vv.). ISEAT y UPIEB, La Paz.
- Gudynas, E. 2012. Buen Vivir y críticas al desarrollo: saliendo de la Modernidad por izquierda, pp 71- 91, En "Contrahegemonía y Buen Vivir" (F. Hidalgo Flor y A. Márquez Fernández, eds.) Universidad Central del Ecuador y Universidad del Zulia, Quito.
- Gudynas, E. 2013. El malestar Moderno con el Buen Vivir: Reacciones y resistencias frente a una alternativa al desarrollo. Ecuador Debate, Quito, 88: 183-205.
- Le Quang, M. y T. Vercoutère. 2013. Ecosocialismo y Buen Vivir. Diálogo entre dos alternativas al capitalismo. IAEN, Quito.
- Mamani P., R, W. Molina A., F. Chirino O. y T. Saaresranta. 2012. Vivir Bien, significados y respuestas desde la vida cotidiana. UPIEB, La Paz.
- Oviedo F., A. 2011. Sumakawsay/Cultura de la Vida. Camino alter-nativo al desarrollo. Sumak Editores.
- Ramírez G., R. 2010. Socialismo del sumak kawsay o biosocialismo republicano, pp 55-74, En: "Los nuevos retos de América Latina. Socialismo y sumak kawsay". SENPLADES, Quito.
- Ramírez G., R. 2012. La vida (buena) como riqueza de los pueblos. IAEN, Quito.
- Solo de Zaldívar, V.B. 2013. Etnicidad, desarrollo y "Buen Vivir": reflexiones críticas en perspectiva histórica. European Review Latin American Caribbean Studies 95: 71-95.
- Yapu, M. 2012. Introducción, pp 9-25, En: "Vivir Bien, significados y respuestas desde la vida cotidiana" (por Mamani P. et al.). UPIEB, La Paz.
- Yampara H., S. 2011. Cosmovivencia andina. Vivir y convivir en armonía integral – Suma Qamañan. Revista Estudios Bolivianos 18: 1-22.
- Viteri G., C. 2002. Visión indígena del desarrollo en la Amazonía. Revista Polis 3 (en web: <http://polis.revues.org/7678> ; DOI : 10.4000/polis.7678)